

que tenemos : otras acerca de los oficios y ministerios en que nos pone ó puede poner la obediencia : Si tengo yo de ser para confesar, si tengo de ser para andar en misiones, ó para otras cosas semejantes. Parece esto humildad , pero muchas veces no lo es; antes nace de soberbia, porque pone uno los ojos en sí, como si por sus fuerzas, industrias y diligencias hubiera de poder aquello, habiéndolos de poner en Dios, en el cual habemos de quedar muy esforzados y animados. *Dominus illuminatio mea, et salus mea, quem timebo? Dominus protector vite meae, à quo trepidabo?* Psalm. xxvi, v. 4. *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum: si exurgat adversus me praelium, in hoc ego sperabo: et si ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es.* Psalm. xxii, v. 4. Si se levantaren contra mí ejércitos, no temerá mi corazón : si se levantaren contra mí batallas, en Dios esperaré : aunque ande en medio de la sombra de la muerte, y aunque llegue hasta las puertas del infierno, no temerá mi corazón ; porque Vos, Señor, estais conmigo. ¡ Con qué diversidad de palabras dice el santo Profeta una misma cosa ! Y tenemos los Salmos llenos de esto, para significar la abundancia del afecto y confianza que él tenía, y nosotros habemos de tener en Dios. *In Deo meo transgrediar murum.* Psalm. xvii, v. 30. En mi Dios pasaré el muro, por alto que sea; no se me pondrá nada

delante, él vencerá los gigantes con las langostas. En mi Dios hollaré los leones y dragones. Con la gracia y favor del Señor serémos fuertes : *Qui docet manus meas ad praelium, et posuisti, ut arcum areum, brachia mea.* Psalm. xvii, v. 35.

CAPÍTULO XI.

De otros bienes y provechos grandes que hay en el ejercicio del propio conocimiento.

Uno de los principales medios que podemos poner de nuestra parte, para que el Señor nos haga mercedes, y nos comunique grandes dones y virtudes, es humillarnos, y conocer nuestra flaqueza y miseria. Y así decia el apóstol san Pablo : *Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi.* II ad Cor. xii, v. 6. De muy buena gana me gloriaré en mis flaquezas, enfermedades y miserias, para que así more en la virtud de Cristo. Y san Ambrosio, sobre aquellas palabras : *Placeo mihi in infirmitatibus,* II ad Cor. xii, v. 10, dice : *Si gloriandum est christiano, in humilitate gloriandum est, de qua crescitur apud Deum.* Si se ha de gloriarse el cristiano, ha de ser en su bajeza y poquedad, porque ese es el camino para crecer y valer delante de Dios. San Agustin, lib. 4 de Trinit., c. 1, trae á este propósito aquello del Profeta : *Pluviam voluntariam segregabis Deus hereditati tue, et infirmata est: tu vero perfecisti eam.*

Psalm. lxxvii, v. 10. La lluvia voluntaria y graciosa de sus dones y gracias, ¿cuándo pensais que la dará Dios á su heredad, que es el alma? *Et infirmata est:* Cuando ella conociere su enfermedad y miseria, entonces la perfeccionará Dios, y caerá sobre ella la lluvia voluntaria y graciosa de sus dones. Así como acá los pobres mendigos, mientras mas descubren su pobreza y sus llagas á los hombres ricos y misericordiosos, mas les mueven á piedad, y mas limosna reciben de ellos ; así mientras mas uno se humilla y se conoce, mientras mas descubre y confiesa su miseria, mas convida é inclina á la misericordia de Dios á que se compadezca y apiade de él, y le comunique con mayor abundancia los dones de su gracia : *Qui dat lasso virtutem, et his qui non sunt, fortitudinem, et robur multiplicat.* Isai. xli, v. 29.

Para decir en breve los bienes y provechos grandes de este ejercicio, digo que para todas las cosas es remedio universal el propio conocimiento. Y así en las preguntas que se hacen en las conferencias espirituales que solemos tener, ¿de dónde nace tal cosa, y qué remedio hay para ella? casi en todas podemos responder que aquello nace de falta de conocimiento propio, y que el remedio seria conocerse á sí mismo y humillarse ; porque si preguntais de dónde nace el juzgar á mis hermanos, digo, que de falta de conocimiento propio ; porque si anduviérais dentro de vos,

tendriais tanto que mirar y llorar vuestros duelos, que no tendriais cuenta con los ajenos. Si preguntais de dónde nace hablar á mis hermanos palabras ásperas y mortificativas, tambien nace de falta de conocimiento propio ; porque si vos os conociérais y os tuviérais por el menor de todos, y á cada uno le mirárais como á superior, no tendriais atrevimiento para hablar de esa manera. Si preguntais de dónde nacen las excusas, las quejas y murmuraciones, porque no me dan esto ó el otro, ó porque me tratan de esta manera, claro está que nacen de eso. Si preguntais de dónde nace el turbarse y entristecerse uno demasiado, cuando es molestado de tales ó tantas tentaciones, ó cuando ve que cae muchas veces en algunas faltas, y melancolizarse y desanimarse con eso, tambien nace de falta de propio conocimiento ; porque si tuviérais humildad y considerárais bien la malicia de vuestro corazón, no os turbaríais ni desmayaríais por eso, antes os espantaríais, como no pasan peores cosas por vos, y como no dais mayores caídas, y andaríais alabando y dando gracias á Dios, porque os tiene de su mano, para que no caigais en lo que caeríais si él no os tuviera. De una sentina y manantial de vicios ¿qué no ha de brotar? De tal muladar tales olores como esos se han de esperar y de tal árbol tal fruto. Sobre aquellas palabras del

Profeta, Psalm. cii, v. 14: *Recordatus est quoniam pulvis sumus*, dice san Anselmo, l. de Similitudin. c. 61: ¿Qué mucho que el viento se lleve al polvo? Si pedís remedio para tener mucha caridad con vuestros hermanos, para ser obediente, para ser paciente, para ser muy penitente, aquí hallaréis remedio para todo.

De nuestro Padre san Francisco de Borja leemos, l. 4, c. 1 de su vida, que yendo de camino, le encontró un señor de estos reinos, amigo suyo, y como le vió que andaba con tanta pobreza é incomodidad, condoliéndose de él, rogóle que tuviese mas cuenta con su persona y regalo. Dijole el Santo con alegre semblante y mucha disimulacion: No le dé pena á vuestra señoría, ni piense que voy tan desapercibido como le parece; porque le hago saber que siempre en vío delante un aposentador, que tiene aderezada la posada y todo regalo. Preguntando aquel señor, quién era aquel aposentador, respondió: es mi propio conocimiento, y la consideracion de lo que yo merezco, que es el infierno, por mis pecados; y cuando con este conocimiento llevo á cualquier posada, por desacomodada y desapercibida que esté, siempre me parece mas regalada de lo que yo merezco.

En las Crónicas de la Orden de los Predicadores, 1 p. 1. 3, c. 4, se cuenta de la bienaventurada santa Margarita de la dicha Orden, que una vez hablando con ella un reli-

gioso, gran siervo de Dios, y muy espiritual, entre otras cosas le dijo como él habia suplicado á Dios muchas veces en la oracion, que le mostrase el camino que los Padres antiguos habian llevado para agradecerle tanto, y recibir de su mano muchas mercedes que recibieron; y que estando una noche durmiendo, le fue puesto delante un libro escrito con letras de oro, y luego le despertó una voz que decia: *Levántate y lee*. Y que se habia levantado y leído estas pocas palabras, pero celestiales y divinas. «Esta fue la perfeccion de los Padres antiguos, amar á Dios, despreciarse á sí mismos, no despreciar á nadie ni juzgarle.» Y luego desapareció el libro.

CAPÍTULO XII.

Que conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento.

De lo dicho se entenderá cuánto conviene ejercitarnos en nuestro propio conocimiento. Preguntado Tales Milesio (1), uno de los siete sábios de Grecia, cuál era en todas las cosas naturales la mas dificultosa de saber, respondió: que el conocerse el hombre á sí mismo; porque es tan grande el amor propio que nos tenemos, que nos estorba é impide este conocimiento. Y de ahí vino aquel dicho tan célebre entre los antiguos: *Nos-*

(1) Tales Miles. refert Paul. Manut. in apotheg. p. 57, § 8; Id. Diogenes.

ce te ipsum: Conócete á tí mismo. Y el otro dijo: *Tecum habita*: Mora contigo; pero dejemos los extraños, y vengámonos á los nuestros, que son mejores maestros de esta ciencia: los bienaventurados santos Agustin (1) y Bernardo (2) dicen, que esta ciencia del propio conocimiento es la mas alta y de mayor provecho de cuantas han inventado y hallado los hombres. En mucho estiman los hombres, dice san Agustin, la ciencia de las cosas del cielo y de la tierra, la ciencia de la astrología, de cosmografía, el saber los movimientos de los cielos, los cursos de los planetas, sus propiedades é influencias; pero el conocerse á sí mismo es mas alta ciencia y mas provechosa que todas esas: las demás hinchán y envanecen, como dice san Pablo, I ad Cor. viii, v. 1; pero esta edifica y humilla. Y así los Santos y todos los maestros de espíritu encargan mucho que nos ocupemos en la oracion en este ejercicio, y reprenden el engaño de algunos que pasan ligeramente por el conocimiento de sus defectos, y se detienen en pensar otras cosas devotas, porque hallan gusto en ellas, y en considerar sus defectos y faltas no hallan sabor, porque no gustan de parecer mal á sí mismos, como la persona fea, que por eso no se osa mirar en el espejo. Dice el glorioso san Bernardo, hablando en la persona de Dios: *O*

homo si te videres, tibi displiceres, et mihi placeres; sed quia te non vides, tibi places, et mihi displices: Ó hombre, si te vieses y conocieses, luego te descontentarias y desagradarias á tí, y me contentarias y agradarias á mí; pero porque no te ves ni conoces, agrádaste á tí, y descontentáste á mí. *Veniet tempus, cum nec mihi nec tibi placebis; mihi quia peccasti, tibi quia in æternum ardebis*: Guardaos no venga tiempo, cuando ni os agradeis á vos ni á Dios; á Dios porque peccásteis, y á vos porque os condenásteis.

San Gregorio (1), tratando de esto, dice: Hay algunos que en comenzando á servir á Dios y á tratar un poco de virtud, luego les parece que son buenos santos, y de tal manera ponen los ojos en lo bueno que hacen, que se olvidan del todo de los pecados y males pasados, y aun algunas veces de los presentes, porque se ocupan tanto en mirar lo bueno, que no atienden ni echan de ver muchas cosas malas que hacen. Pero los buenos y los escogidos hacen muy al contrario, porque estando verdaderamente llenos de virtudes y buenas obras, siempre ponen los ojos en lo malo que tienen, y están mirando y considerando sus faltas é imperfecciones. Y bien se ve lo que va de lo uno á lo otro; porque de esa manera viene á ser que estos, mirando á sus males, conserven sus

(1) August. lib. 4 de Trinit. in procem.

(2) Bernard. de interiori domo.

(1) Gregor. lib. 22 Moral. cap. 5, et lib. 34, cap. 16.

bienes y las virtudes grandes que tienen, permaneciendo siempre en humildad : y por el contrario, los malos mirando sus bienes los pierden, porque se ensoberbecen y desvanecen con ellos. De manera que los buenos se ayudan de sus males y sacan bien y provecho de ellos ; y los malos sacan mal y daño de sus mismos bienes, porque usan mal de ellos. Como acontece acá en cualquier manjar, que aunque sea bueno y saludable, si come uno de él sin orden y sin regla, enfermará con él ; y por el contrario, si el veneno de la víbora le toma con cierta composicion y temperamento, le será triaca y salud. Y cuando el demonio os trajere á la memoria los bienes que habeis hecho, para que os estimeis y ensoberbecais, dice san Gregorio, l. 22 Mor., c. 5, contraponedle vos vuestros males, trayendo á la memoria vuestros pecados pasados, como lo hacia el apóstol san Pablo para que no le levantasen y desvaneciesen sus grandes virtudes, y haber sido arrebatado al tercero cielo, y la grandeza de las revelaciones que habia oido : *Qui prius blasphemus fui, et persecutor, et contumeliosus*. I ad Tim. I, v. 13. ¡Ay, dice, que he sido blasfemo y perseguidor de los siervos de Dios y del nombre de Cristo ! ¡Ay que no soy digno de ser llamado apóstol, porque he perseguido la Iglesia de Dios ! *Qui non sum dignus vocari apostolus, quoniam persecutus sum Ecclesiam Dei*. I ad Cor. xv, v. 19.

Este es muy buen contrapeso y muy buena contramina contra esta tentacion.

Sobre aquellas palabras que dijo el arcángel san Gabriel al profeta Daniel, VIII, v. 7 : *Intellige fili hominis* : Hijo del hombre, entiende lo que te quiero decir, dice san Jerónimo : Aquellos santos profetas Daniel, Ezequiel y Zacarías, con las altas y continuas revelaciones que tenian, parece que se hallaban ya entre los coros de los Ángeles ; y porque no se levantasen sobre sí, y se desvaneciesen y ensoberbeciesen con esto, pensando que eran ya de otra naturaleza angélica superior, les avisa el Ángel de parte de Dios, que se acuerden de la fragilidad y flaqueza de su naturaleza, llamándolos hijos de hombres, para que reconozcan que son hombres flacos y miserables como los demás, y así se humillen y se tengan en lo que son. Y tenemos muchos ejemplos en las historias, así eclesiásticas como seglares, y de Santos, y de varones ilustres, reyes, emperadores y pontífices que usaban de este medio para conservarse en humildad y no desvanecerse.

De nuestro Padre san Francisco de Borja se dice, l. 4, c. 1 de su vida, que aun siendo duque de Gandía un santo varon le dió este consejo : que si queria aprovechar mucho en el servicio de Dios, no se le pasase dia ninguno que no pensase algo que tocase á su confusion y desprecio. Tomó él tan de veras el

consejo, que desde que se dió al ejercicio de la oracion mental empleaba cada dia las dos primeras horas de ella en este conocimiento y menosprecio de sí mismo. Y cuanto oia, y leia y miraba, todo le servia para este abatimiento y confusion. Y fuera de esto tenia otra devocion que le ayudaba mucho, y era que cada dia, en levantándose, la primera cosa que hacia era arrodillarse, y besar tres veces la tierra, para acordarse que era polvo y tierra, y que en eso se habia de volver. Y bien se le pareció el provecho que de ahí sacó, pues nos dejó tan grande ejemplo de humildad y santidad. Lib. 4, c. 4. Pues guardemos nosotros este consejo, y quedémonos con él : no se nos pase dia ninguno que no gastemos algun rato de oracion en pensar algo que toque á nuestra confusion y desprecio. Y no paremos ni descansemos en este ejercicio hasta que sintamos que se nos ha embebido en nuestra alma un entrañable desprecio y desestima de nosotros mismos, y una confusion y vergüenza delante del acatamiento de la majestad de Dios, viendo nuestra bajeza y miseria : que lo habemos mucho menester, porque es tanta nuestra soberbia y la inclinacion que tenemos á ser tenidos y estimados, que si no andamos continuamente en este ejercicio, cada hora nos hallaríamos levantados sobre nosotros, como el corcho sobre el agua ; porque mas vanos y mas livianos somos nosotros que el corcho. Siempre es me-

nester andar reprimiendo y abajando esta hinchazon y soberbia que se levanta en nosotros, mirándonos á los piés de nuestra fealdad y bajeza, para que así se deshaga esa rueda de vanidad y soberbia. Acordémonos de aquella parábola de la higuera, que trae el sagrado Evangelio, *Luc. XIII, v. 6*. Quería arrancarla su dueño, porque habia tres años que no llevaba fruto. Dice el hortelano : Señor, dejadla este año siquiera, y yo la cavaré, y echaré estiércol al rededor de ella ; y si con esto no diere fruto, entonces la arrancaréis. Pues cavad vos esa higuera seca y estéril de vuestra ánima, y echad al rededor estiércol de vuestros pecados y miserias, pues hay harto, y con eso llevará fruto y se hará fértil.

Para que nos animemos mas á este ejercicio, y ninguno tome ocasion para dejarle por algunas falsas aprehensiones, se han de advertir aquí dos cosas. La primera, que no piense nadie que es ejercicio de solos principiantes, porque lo es tambien de antiguos y aprovechados, y de muy perfectos varones, pues vemos que ellos y el mismo apóstol san Pablo le usaban. Lo segundo, es menester que entendamos que este ejercicio no es triste ni melancólico, ni causa turbacion ni desasosiego, sino antes trae consigo grande paz y quietud, y gran contento y alegría, por muchas faltas y miserias que uno conozca en sí, aunque de verse tan ruin entienda claramente que

merece que todos le aborrezcan y desprecien; porque cuando este conocimiento nace de verdadera humildad, viene aquella pena con una suavidad y contento que no querria unoverse sin ella. Esas otras penas y congojas que algunos tienen, viendo en sí tantas faltas e imperfecciones, son tentación del demonio, el cual pretende con eso por una parte que pensemos que tenemos humildad, y por otra si pudiese á vueltas, querria que desconfiásemos de Dios, y que anduviésemos desalentados y desmayados en su servicio. Si hubiéramos de parar en el conocimiento de nuestra flaqueza y miseria, harta ocasion tuviéramos de entristecernos y desconsolarnos, como tambien de desmayar y acobardarnos; pero no habemos de parar ahí, sino pasar luego á la consideracion de la bondad, y misericordia y liberalidad de Dios, y á lo mucho que nos ama y padeció por nosotros, y en eso habemos de poner toda nuestra confianza. Y así lo que fuera ocasion de desmayo y tristeza, mirándoos á vos, sirve para esforzar y animar, y es ocasion de mayor alegría y consuelo, mirando á Dios. Mírase uno á sí mismo, y no ve sino que llora, y mirando á Dios confía en su bondad, sin temor de verse desamparado, por muchas faltas e imperfecciones y miserias que vea en sí; porque la bondad y misericordia de Dios, en que tiene puestos sus ojos y corazón, excede y sobrepuja infinita-

mente todo eso. Y con esta consideracion arraigada en las entrañas desarrímase de sí, como de caña quebrada, y anda arrimado y confiado siempre en Dios, conforme á aquello del profeta Daniel, IX, v. 18: *Neque enim in justificationibus nostris prosternimus preces ante faciem tuam, sed in miserationibus tuis multis*: No confiados de nosotros, ni en nuestros merecimientos y buenas obras nos atrevemos á levantar nuestros ojos á Vos, y pedirnos mercedes, sino confiados, Señor, en vuestra grande misericordia.

CAPÍTULO XIII.

Del segundo grado de humildad: declárase en qué consiste este grado.

El segundo grado de humildad, dice san Buenaventura, es desear uno ser tenido de los otros en poco: *Ama nesciri, et pro nihilo reputari*. Process. 6 regul. c. 22. Desear que no os conozcan ni os estimen, y que no haga nadie caso de vos. Si estuviésemos bien fundados en el primer grado de humildad, tendríamos andado mucho camino para llegar á este segundo; si verdaderamente nosotros nos tuviésemos en poco á nosotros mismos, no se nos haria muy dificultoso que los otros tambien nos tuviesen en poco, antes nos holgaríamos de ello. ¿Lo quereis ver? dice san Buenaventura. Todos naturalmente nos holgamos que los de-

más se conformen con nuestro parecer y sientan lo mismo que nosotros sentimos. Pues si esto es así, ¿por qué no nos holgamos que los otros nos tengan en poco? ¿Sabeis por qué? Porque no nos tenemos nosotros en poco; no somos de ese parecer. San Gregorio (1) sobre aquellas palabras de Job, XXXIII, v. 17: *Peccavi, et vere deliqui, et ut eram dignus, non recepi*, dice: Muchos con la boca dicen mal de sí, y que son unos tales y unos cuales, y no lo creen ellos así; porque cuando otros les dicen aquellas mismas cosas, y aun menores, no lo pueden sufrir: y estos tales, cuando dicen mal de sí, no lo dicen con verdad, porque no lo sienten ellos así en su corazón como lo sentia Job cuando decia: Pequé, y verdaderamente he delinquido y ofendido á Dios, y no me ha castigado tanto como yo merecia. Job decia esto con verdad y de corazón; pero estos, dice san Gregorio, solamente se humillan con la boca y exteriormente, mas en el corazón no tienen humildad; quieren parecer humildes, pero no lo quieren ser, porque si de veras lo desearan, no se sentirian tanto cuando otro les reprende y les avisa de alguna falta, y no se excusarian ni volverian tanto por sí, ni se turbarian como se turban.

Cuenta Casiano, collat. 18, c. 11, que vino un monje al abad Serapion, que en el hábito, meneos y

(1) Gregor. lib. 1 Dialog. cap. 6; lib. 24 Moral. cap. 12; et lib. 22, cap. 14.

palabras mostraba grande humildad y menosprecio de sí mismo, y nunca acababa de decir mal de sí, que era tan pecador y malo, que no era digno de gozar de este aire comun ni de la tierra que pisaba; no queria sentarse sino en el suelo, y mucho menos consentir que le lavasen los piés. El abad Serapion despues de haber comido comenzó á tratar algunas cosas espirituales como tenia de costumbre, y cúpole su oración al huésped. Dióle un buen consejo con mucho amor y blandura, que pues era mancebo y robusto, procurase residir en su celda, y trabajar con sus manos para comer, conforme á la regla de los monjes, y no anduviese ocioso discurriendo por las celdas de los demás. Sintió tanto aquel monje esta amonestacion y aviso, que no lo pudo disimular, sino que lo mostró exteriormente en el rostro y semblante. Entonces díjole el abad Serapion: ¿Qué es esto, hijo, que hasta ahora nos decias de tí tantos males y tantas cosas de mucha afrenta y deshonor, y ahora con una amonestacion tan llana como esta, que no contiene en sí injuria ni afrenta alguna, sino mucho amor y caridad, te has indignado y alterado tanto que no lo has podido disimular? ¿Esperabas por ventura con aquellos males que decias de tí oír de nuestra boca aquella sentencia del Sábio: *Justus prior est accusator sui*? Prov. XVIII, v. 17. Este es justo y humilde, pues dice mal de sí. ¿Preten-